

EMMETT GROGAN

Ringolevio

Una vida vivida a tumba abierta

Introducción de PETER COYOTE
Traducción de JULIO MONTEVERDE

INTRODUCCIÓN

UN DÍA DE 1965, me encontraba ensayando una obra en el estudio del Mime Troupe de San Francisco, en nuestra nave industrial remodelada de la calle Harrison cuando un hombre desgarrado y lleno de pecas, con duros rasgos irlandeses, entró a echar un vistazo. Tenía un andar peculiar y una cabeza leonina lanzada agresivamente hacia delante, como si no pudiera esperar al cuerpo que venía detrás. Sus ojos eran de un azul frío e imperturbable, y su cara era rígida como una máscara que sugería rabia y determinación. Emmett Grogan había entrado en el ensayo.

Entablamos una conversación que nos llevó toda la tarde y el largo paseo hasta nuestros respectivos pisos, que resultaron estar en esquinas opuestas de la calle. Era un contador de historias galvanizante, que se convirtió rápidamente en un nuevo amigo que posteriormente cambiaría mi vida más profundamente que nadie que hubiera conocido antes, o que haya conocido después.

Si todos somos «actores en la vida» que, más o menos conscientemente, creamos una identidad según nuestras intenciones y nuestra conducta cotidiana, Emmett estaba decidido a ser una estrella. Acaparaba todos los focos. Hombres y mujeres lo miraban cuando entraba en una habitación y se movía con la aparente indiferencia de un tiburón. Había desarrollado un alto sentido del drama en sus gestos, su cigarrillo doblado, sus nublosos ojos caídos... y su presencia lo delataba como persona al otro lado de la ley; alguien con pasado y que no podía ser disuadido fácilmente.

Este era *Emmett* Grogan, el ser creado por el joven Eugene Grogan mediante una condena a cadena perpetua y trabajos forzados con su alma. Y a pesar de que el tiempo y la observación han *modificado* mi primera impresión, aún no la han podido borrar.

Para comprobar la necesidad y el objetivo del álgter ego de Emmett, es necesario recordar el medio en el que creció: la segunda mitad de los cuarenta y primeros cincuenta en América. Corea fue

el primer choque en la euforia posterior a la Segunda Guerra Mundial, que interrumpía el festín de las naciones sobre los recursos globales, el estatus y el prestigio, con el turbio objetivo de «salvar al mundo para la democracia». Invadida en sospechosas circunstancias, Corea era un infierno en el que tropas con armas obsoletas se amotinaban y se rebelaban rodeados de una lucha entre hermanos a los que nunca alcanzaban verdaderamente a comprender.

Una infravalorada consecuencia de esta guerra fue el nacimiento de los Hell's Angels, creados después de la Segunda Guerra Mundial. Inicialmente integrados por veteranos desilusionados, su vida de clan basada en lealtades de sangre, relaciones y organización a escala de escuadra o pelotón, eran una clara insinuación de la futura guerra *al statu quo*. El *New York Daily News* publicaba artículos acerca de guerras de bandas de adolescentes, pistoleros urbanos y el avance de la plaga de la heroína en los guetos de Nueva York, y la debacle de Corea pronto fue exitosamente ocultada por el periodo McCarthy y la caza de brujas anticomunista.

La maquinaria de propaganda cultural funcionaba a pleno rendimiento. Rock Hudson y Doris Day publicitaban el paraíso consumista americano ante el resto del mundo con sus comedias asexuadas. *Ozzie and Harriet* y *Leave it to Beaver* ofrecían insípidas fantasías televisivas de la vida familiar, intimidando a los chicos para que no hablasen de sus problemas si no querían ser considerados bichos raros. En las casas normales la gente bebía, discutía amargamente, abusaba de sus hijos, tenía úlceras y se enterraban a sí mismos en vida. Se presionaba a los jóvenes para estudiar materias sin sentido y poder entrar en la universidad, graduarse y «quedar bien» con unos padres que se morían frente a ellos.

El divorcio entre la realidad oficial y la ficción exigía articulación y una voz, y esa voz era la inextinguible juventud del *underground* que filtraba su información «engañosa» en la sabiduría popular. No es casualidad que Kenny Wisdom [sabiduría] sea el nombre que Emmett escogió para el protagonista de la primera parte de *Ringolevio*, el errático personaje que existía antes de que el joven Eugene creara a Emmett.

La tan famosa producción de bienestar material de América no estaba curando las heridas de la gente. La marcha hacia delante del capitalismo estaba matando a los más claros videntes de la nación y agotando las más tiernas aspiraciones y esperanzas bajo

la rueda del darwinismo económico. Había algunas voces adultas llamando a las cosas por su nombre, aunque todos ellos parecían precisamente el tipo de gente contra la que nuestros padres nos habían advertido.* la voces del rock and roll, el jazz, la música folk, los coches deportivos, el blues y los Beats.

El enemigo de la juventud no era el comunismo sino la cultura basada en las poderosas demandas del capital que pasaban por encima de las particularidades personales y las inclinaciones, la voluntad y la soberanía del individuo de la misma forma que Hitler pasó por encima Polonia. Estábamos intentando crecer en una cultura cuyos valores y objetivos estaban tan unidos a los fines materiales que eran inseparables de ellos. En ese caso ¿qué puedes hacer cuando tu propia cultura es tu enemigo? Eugene creó a Emmett como respuesta a esa pregunta.

Emmett pronto se cansó del Mime Troupe y de lo que llamaba la «seguridad» del escenario. Con su casi invisible compañero, Billy Murcott, al que llamaba «el genio», Emmett comenzó a improvisar actividades en las calles que allanaron el camino a los Diggers, un grupo cuya filosofía de acción y política estaba basada en la autonomía, la autenticidad personal y la libertad. El mismo nombre era un homenaje a Gerrard Winstanley, el milenarista y herético líder religioso inglés del siglo xvii que creía en el derecho universal del hombre a cultivar los terrenos baldíos y las tierras comunales sin tener que pagar tarifas a los propietarios de las haciendas en las que estas tierras se incluían. Los seguidores de Winstanley eran llamados diggers [cavadores] debido a que cavaban y cultivaban esas tierras solo para ser golpeados y expulsados por los vigilantes contratados por los terratenientes locales.

* Esta frase copia conscientemente el título de un libro sobre Haight-Asbury, llamado *We are the people our parents warned us against*, de Nicholas Von Hoffman, un reportero del que Emmet desconfiaba y con el que nunca quiso hablar. Llegó a Haight con su hijo adolescente como tapadera, y en la ingenuidad de la época, la gente de la contracultura, muchos de ellos situados el lado equivocado de la ley, le dio libre acceso y habló francamente con él. Algunos de sus artículos en el *Washington Post* se volvieron a publicar en la prensa local. En ellos, Von Hoffman citaba nombres, lugares y fechas, lo que creó el caos en la comunidad y causó numerosos arrestos. Según me contaron más tarde, su actitud provocó grandes discusiones sobre ética entre la plantilla del *Post*.

EL RINGOLEVIO FUE EL último juego de mi infancia. Era un juego sobre la vida y la muerte. Un juego para pelear más que para jugar. Si lo pienso un momento puedo recordar los nombres de varios chicos de mi antiguo barrio que quedaron lisiados o murieron tratando de evitar ser capturados o intentando capturar a un oponente.

El ringolevio nos preparó para la vida. La violencia, las injusticias, la pobreza, las guerras. Aprendías cuándo debías agachar la cabeza y esto te volvía más inteligente y más rápido: dos elementos fundamentales para sobrevivir. Podías suspender en matemáticas, pero en la vida te graduabas.

Nunca he conocido a un Phi Beta Kappa, a un Magna cum Laude, ni a un Futuro Triunfador, que haya triunfado realmente en la vida. Por supuesto, cumplieron con su trabajo como altos cargos de una empresa o una agencia de publicidad, pero lo hicieron al viejo estilo «lo que diga el señorito» y permanecieron ajenos a la vida en sí misma.

Todos los grandes jugadores de ringolevio de mi época vivieron a su manera. Unos pocos terminaron en la silla eléctrica o fueron a la cárcel. Otros se convirtieron en grandes ladrones, rateros y artistas del atraco, pero nunca soplones, gánsteres ni proxenetas. Por último, unos cuantos se convirtieron en grandes atletas, soldados, radicales, policías, poetas e incluso hombres de negocios. Lo lograron porque habían aprendido que en la vida hay que moverse con rapidez. Ninguno de ellos fue atropellado por un autobús o un coche ni resbaló con una cáscara de plátano. Siempre eran los que atrapaban la pelota que iba hacia las gradas y nunca el panoli al que le golpeaba en la cabeza.

Hoy sigo apreciando a aquellos muchachos que conocí como jugadores de ringolevio, ya fueran buenos, malos o simplemente se limitasen a jugar. A veces solía preguntarle a mi buen amigo Grogan: «¿Crees que ese tipo jugó alguna vez?». Y Emmett miraba al muchacho desde el otro lado del local, estudiaba un instante sus movimientos y decía: «Nunca». Es algo que simplemente se sabe. Y puede que un día a Grogan y a mí nos acribillen a balazos, pero no nos sorprenderán cruzados de brazos. Será una gloriosa escapada por los tejados de algún bloque de pisos, intentando alcanzar esa escurridiza nube de libertad y con aquel grito en nuestros labios: «¡Ringolevio, ringolevio, un, dos, tres!».

ALBIE BAKER

ES UN JUEGO. UN juego que se juega en las calles de Nueva York desde que existe memoria. Se llama ringolevio y sus reglas son muy simples. Hay dos bandos, cada uno con el mismo número de jugadores. No hay límite de tiempo, no hay descansos ni suplentes, y no se permiten las armas. Hay dos cárceles. Y un solo objetivo.

Cada bando trata de capturar y encarcelar a todos los integrantes del equipo contrario, al mismo tiempo que mantiene en libertad a los suyos. Cuando todos los miembros de un bando son capturados, el otro equipo gana.

Para encarcelar o «enchironar» a otro, debes atraparlo y reducirlo, porque le está permitido resistir con toda la habilidad y la fuerza de su cuerpo y su mente. No puedes limitarte a tocarlo, anunciar que está arrestado y esperar que te acompañe a la cárcel tranquilamente. Debes llevarlo hasta allí. Y una vez dentro, debes mantenerlo ahí porque puede escapar (si el carcelero se acerca demasiado a los prisioneros, estos podrían tirar de él hacia dentro y huir), o pueden fugarse (si un compañero de los prisioneros es capaz de llegar a la cárcel sin que lo atrapen, solo tiene que poner un pie dentro del perímetro, y gritar «¡Salvados!» y se produce la desbandada). El soborno está permitido, pero no las trampas.

Cualquiera que haya crecido en los barrios de Nueva York y haya jugado en sus calles, conoce este juego.

Ninguno de los que estuvieron allí podrá olvidar aquel Viernes Santo de 1956, cuando los Chaplains y los Aces Wild fueron a la calle Hester a competir en lo que ahora figura en los anales de la historia oral como una de las más grandes partidas de ringolevio.

Los Chaplains eran la mayor banda callejera de la ciudad. Tenía tres o cuatro mil miembros y todos eran negros. Nadie sabe cómo empezaron, pero todos sabían dónde: en Harlem. Desde allí se habían extendido a toda Nueva York. Tenían estilo, y los trece muchachos que fueron a la calle Hester eran su equipo de ringolevio. Y nunca habían perdido una partida.

Los Aces Wild, por el contrario, no pertenecían realmente a ninguna banda. Se trataba simplemente de trece muchachos que jugaban bien juntos. Provenían de Brooklyn, pero casi todos vivían en diferentes distritos y aunque eran del mismo color tenían orígenes distintos.

Los Aces Wild eran una panda de tipos que iban por libre y que solo se juntaban cuando otro grupo se proclamaba mejor y desafiaba a todo aquel que quisiera batirles al ringolevio.

Ambos equipos se respetaban profundamente y ninguno tenía la menor intención de perder. Lo que se arriesgaba era mucho. Era un asunto muy importante. Tenían doce años y se iban a dejar la piel.

El 30 de marzo, la temperatura en la calle era de casi cinco grados. Willie Pondexteur dobló la esquina de la Séptima y tomó la calle 129 hacia la avenida Lenox. La nieve de la gran tormenta de 1956 había sido retirada en la mayoría de los barrios de la ciudad, pero ahí aún quedaba un poco, luchando por mantener su costra un par de días más para que la gente de Harlem pudiera gozar de una Semana Santa blanca. Willie pensó en arrojar sobre ella un poco de gasolina de su mechero, encender un montón de cerillas y quemar aquella capa helada y sucia para que desapareciera por los desagües.

Willie Pondexteur había nacido en algún lugar de Luisiana, de padre desconocido y de una madre que solo conocía de oídas. Vivía con una hermana de diecisiete años y sus dos hijos en un pequeño apartamento con cocina americana, colchones en el suelo y un aparato de televisión en un rincón. Su tía los había traído al norte poco después de nacer Willie, pero murió cuando él solo tenía diez años. Ahora estaban solos los cuatro. Recibían alguna ayuda social, pero la mayoría del dinero tenían que conseguirlo por sí mismos.

Willie era un chico alto y musculoso que irradiaba vitalidad. Se hizo miembro de los Chaplains porque le gustaba el prestigio y el poder que daba pertenecer a una banda, y se había abierto camino como líder de su equipo de Ringolevio.

Pasó el Imperial Bar & Grill y subió corriendo las escalinatas del edificio abandonado donde los Chaplains tenían su sede. Aporreó la puerta y comprobó que dentro todo el mundo le estaba esperando.

Allí habría alrededor de treinta personas charlando y jugando. Los Coasters y los Del-Vikings sonaban en el tocadiscos y todo el mundo bebía vino y se pasaba los canutos para hacer más llevadero el viaje al centro. Willie abrazó a sus hermanos y bromeó con algunas hermanas; luego habló con Dupree, uno de los fundadores de los Chaplains y la persona que había organizado la partida con los Aces Wild. Tenía diecinueve años, lo que significaba que automáticamente todo lo que dijera tendría sentido y sonaría bien.

Le explicó a Willie cómo llegar a la calle Hester en metro y le dijo que todo estaba arreglado con los corredores de apuestas y con los que debían vigilar la manzana. Le dio setenta y cinco dólares: cinco para cada muchacho y diez para emergencias, y le dijo que él y los demás cabecillas de la banda irían en coche una hora más tarde, junto con una sección de apoyo.

«Y ahora, ¡me cago en la puta! ¡Contamos con vosotros para demostrar que somos el grupo de negros más cojonudo que jamás se haya visto! Así que destrozad a esos hijos de puta de Brooklyn y volveremos aquí con los bolsillos llenos de pasta. Así todos sabrán que a los Chaplains no les gana nadie. ¿Entendido?», gritó Dupree para asegurarse de que todos le escuchaban.

Después de aquello Willie reunió a su equipo en un rincón, repartió los billetes de cinco dólares y les dijo que había llegado el momento de irse. Se guardó los diez dólares de emergencias y nadie discutió su derecho a hacerlo. Se lo había ganado hacía mucho tiempo.

Salieron del edificio y al llegar a la parada encontraron a Delmos sentado en su viejo Ford 54, leyendo el *Daily News*. Delmos era el policía de paisano que vigilaba el local de los Chaplains en la calle 129. Nadie sabía con seguridad si era policía, y la única razón por la que le tomaban por un poli de paisano era porque compraba todos sus trajes en Robert Hall, y no se había comprado uno completo en años.

Delmos pertenecía a la comisaría 32, que estaba encargada de vigilar muy de cerca la calle 129, especialmente el trayecto entre la Séptima avenida y Lenox, ya que se sabía que muchos de los Chaplains se dejaban caer por allí. También era obvio que aquella banda hacía otras cosas aparte de jugar al ringolevio.

Delmos había permanecido sentado allí mucho tiempo, pero las únicas respuestas que había conseguido habían sido un mon-

EL 15 DE SEPTIEMBRE de 1958, Kenny subió las escalinatas del Metro y caminó por la calle 86. Aquel era el inicio de su primer semestre en el colegio privado de jóvenes. Sabía que estaba lejos de su casa, pero no tenía ni idea, y tampoco quería tenerla, de los conflictos sociales y académicos a los que iba a enfrentarse como compañero de los ricos y los poderosos. Solo le interesaba la limpieza de las calles, los altos edificios de apartamentos con áticos, aquellos automóviles que llevaban a los ocupantes de los apartamentos a los sitios en los que ganaban el dinero, los porteros de uniforme, las tiendas de alimentos importados, la digna elegancia de las mujeres y los divertidos cortes de pelo de los perros. Todo era deslumbrante y no había duda de que no tenía nada que ver con la calle Dean.

Pero Kenny no se sentía fuera de lugar. Llevaba uno de los dos trajes de Brooks Brothers que había comprado a un sastre del barrio. Aquel hombre le aseguró que ese era el tipo de ropa que preferían los tipos de clase alta. «Los trajes brillantes de Phil's Style Center de Broadway no están muy bien vistos en la avenida Park, y ponen nerviosos a la gente de por allí, que a veces incluso sospechan de la persona que los usa. En especial si lleva libros bajo el brazo y va a la escuela con sus hijos. Créeme, usa chaquetas de *tweed* y olvídate de esas tonterías», dijo, y tenía toda la razón.

Sin embargo, aquello tampoco tuvo demasiada importancia ya que la primera clase que Kenny tuvo en aquel colegio que le brindaba tamaña oportunidad fue educación física. Cuando se dirigió a la taquilla que le habían asignado, se quitó su impermeable y dejó a la vista sus tatuajes carcelarios, el bullicioso «¿Qué tal las vacaciones?» con el que se saludaban los estudiantes se convirtió en susurros y murmullos acerca del chico nuevo y tatuado. De inmediato, Kenny se dio cuenta de que todos aquellos muchachos se lo contarían esa misma tarde a todo el mundo, y por la noche a sus padres durante la cena. Sin la ayuda de su Brooks Brothers, Wisdom no era más que un «barriobajero» a los ojos de sus ricos

compañeros, los cuales reprimieron sus risitas y no se atrevieron a preguntarle nada acerca de aquellos dibujos que no eran precisamente del mismo estilo que las tiras cómicas. Por otra parte, la expresión del rostro de Kenny no parecía permitir muchas bromas.

La única persona que le comentó algo fue el profesor de educación física, un laico llamado Ralph Farina, que era también el entrenador del equipo de baloncesto. Dijo: «Kenneth, por favor, ¿podrías venir a mi oficina un momento?».

Allí le dijo a Kenny que le habían informado de las señales que daban testimonio de su desgraciado pasado, y le entregó un frasco de crema rosa Covermark para poder cubrírse las. Le explicó que, en el futuro, para evitar cualquier problema, debería aplicarse la crema sobre las marcas de la piel todas las mañanas antes de clase, y que debía hacerlo en el lavabo del piso superior, fuera de la vista de sus compañeros.

Kenny estuvo de acuerdo, pero no porque estuviera avergonzado. Simplemente, sabía perfectamente lo que sucedería si no lo hacía. La única complicación que tuvo con su rutina cosmética ocurrió cuando Kenny entró a formar parte del equipo de baloncesto. Siempre estaba buscando rebotes bajo la canasta y el contacto con los otros jugadores hacía que la crema se corriera. Se vio forzado a ponerse un vendaje alrededor del brazo y cubrir su querida pareja de sietes de la suerte con una cinta adhesiva.

El padre Berrigan fue trasladado a otro colegio privado de jesuitas en Brooklyn, pero Kenny recordó el consejo que le había dado acerca de no comentar sus antecedentes callejeros con ninguno de los alumnos. Kenny nunca abrió la boca e impuso un silencio tan absoluto que ninguno de ellos se atrevió a espiar los secretos de su pasado. Ni siquiera hablaban sobre cosas que no estuvieran directamente relacionadas con las actividades académicas o deportivas del colegio. Prefirieron hacer suposiciones sobre su pasado en vez de enfrentar la realidad de una pregunta sin respuesta.

Sin embargo, en una ocasión uno de los aleros del equipo de baloncesto que se había hecho más o menos amigo de Kenny, trató iniciar una conversación comentando un plan de estrategia del juego para terminar haciendo una pregunta sobre los tatuajes. Wisdom lo miró fríamente y contestó: «¿Qué tatuajes?».

Y eso fue todo.

Kenny solo medía un metro ochenta pero podía saltar muy alto y tocar el aro con ambas manos. Era un buen organizador del juego y tiraba bien con la derecha y con la izquierda. Su habilidad y astucia le permitían controlar el juego y marcar puntos contra adversarios mucho más altos que él. Su promedio de dieciocho puntos por partido no interfería en el buen manejo de la pelota, que hacía las delicias de los espectadores, y en especial de las chicas de las escuelas privadas que a su vez hacían las delicias de Kenny cuando le aplaudían. Jugaba de base. Y jugaba tan bien que ello disminuía la necesidad de hacerle preguntas personales que Kenny no tenía intención de contestar. Todos le consideraban fascinante, y eso era exactamente lo que él buscaba.

Las materias que debía aprobar no eran muy distintas a las de la escuela estatal. Matemáticas, inglés, religión, un curso de lógica elemental con el que Kenny disfrutó mucho, latín, que era un coñazo, y una combinación de ciencias políticas y civismo dictado por un cura que les exigía leer el *New York Times* todas las mañanas y demostrarlo por la tarde respondiendo a cuestionarios que él mismo confeccionaba. En realidad, el curso no era otra cosa que el *New York Times*. Ese era el único libro que debía leer y cada vez que lo hacía, Kenny sentía como si le faltara algo.

Ahora bien, al principio, la sensación era parecida al estremecimiento celular que demanda un poco de droga (esta había sido la vía de escape que Wisdom había encontrado para fugarse de la casa familiar de Brooklyn); pero, al poco tiempo, aquel deseo se convirtió en una necesidad de robar; robar todas las cosas que se podían encontrar en el *New York Times*. ¿Dónde si no?

Como es fácil de suponer, Kenny odiaba levantarse a las seis de la mañana todos los días, cinco veces por semana, para sumergirse en las multitudes que invadían el metro que tomaba para ir al colegio. Y tampoco le gustaba quedarse en el colegio hasta las siete de la tarde para encontrarse nuevamente con el mismo gentío de empleados rígidos en su camino de vuelta. Ni siquiera quería ir al colegio y, mucho menos, volver a su casa. Quería algo más. Kenny Wisdom quería ser un ladrón y desvalijar la avenida Park. Esto se le ocurrió una mañana mientras leía el *New York Times* en el metro. Llegó a una página llena de fotos de la sección de sociedad, fotos de ricachones que la noche anterior habían asistido a un acto benéfico para recaudar fondos para una colonia de leprosos.

EL ÚLTIMO DOMINGO DE noviembre del año 1965, el día que cumplía veintiún años, Kenny Wisdom aterrizó en el aeropuerto de Idlewild, que ya había sido rebautizado como aeropuerto John Fitzgerald Kennedy.

Muchas cosas habían cambiado. Hacía varios años que los padres de Kenny se habían mudado a otra zona de Brooklyn. Sacó de su bolsillo la carta arrugada en la que le comunicaban la nueva dirección y marcó el nuevo número de teléfono en una cabina del aeropuerto. No gritó «¡Sorpresa!» cuando su madre contestó; solo le preguntó qué había de cena porque estaría allí en media hora. Colgó antes de que ella pudiera mostrar su perplejidad.

Tomó un taxi hacia Brooklyn que lo llevó por la autopista Belt junto a las lanchas de los pescadores que volvían a Canarsie después de su trabajo matinal, y pasó al lado del techo de tejas rojas del enorme restaurante de mariscos Lundy Brother's en Sheephead Bay, las atracciones de Coney Island y... «¿Pero qué demonios es eso?».

«¿Cómo que qué es eso?» dijo el taxista. «Pues el puente. El puente colgante más largo del mundo, el Verrazano, ¡eso es lo que es! ¿Te has caído de un guindo o qué?».

Cuando llegaron, pagó el taxi y echó un vistazo al edificio gris de seis pisos y sesenta apartamentos. Tenía el nombre «The Royal Poinciana» grabado en el cemento sobre la puerta de entrada y parecía construido antes de la Primera Guerra Mundial.

Entró, miró en los buzones para dar con el apartamento correcto, cogió el ascensor y llamó al timbre. Escuchó crecer la alegre conmoción antes de que estallara definitivamente al abrirse la puerta y se desparramara sobre él. Su madre lo abrazó y lo besó, su hermana lo tomó por la cintura y su padre le estrechó la mano izquierda con ambas manos.

Su madre comenzó a llorar de alegría. Su pelo se había vuelto gris y había ganado un poco de peso desde que tuvo que someterse a la operación que le había contado por carta. Su hermana tam-

bién reía y sollozaba. Era una adolescente alta, rubia, tímida y un poco pálida por la anemia. Su padre sonreía con una ancha sonrisa de satisfacción. Había sufrido una trombosis cardiaca hacía poco tiempo pero se había recuperado bien. Su pelo todavía era negro y tenía los hombros y las espaldas igual de firmes que siempre.

Kenny se sintió un poco como si fuera un extraño, pero sabía que estaba en casa con su familia y eso estaba bien. Estaba bien regresar y poder verse unos a otros y no andar siempre con papeles y fotos. Su hermana apenas le recordaba de otro modo y sus padres tenían en la memoria a un chico que luego habían visto crecer a través de lo que decían sus cartas. Ahora veían que ese muchacho era un auténtico hombre. Él los miró y vio el tiempo que había pasado en Europa reflejado en sus rostros, que habían envejecido como solo envejece la gente en Brooklyn.

Después de que Kenny les telefonease desde el aeropuerto aquel domingo por la tarde, su madre y la hermana se habían vuelto a poner los vestidos con los que habían ido a misa aquella misma mañana y su padre se había puesto una camisa nueva para recibir a su viajero hijo, el director de cine... que llegó con zapatos viejos y sucios, pantalones arrugados, un sweater, un abrigo roto y una barba de dos días. «¿No traes equipaje?» fue la primera pregunta que le hicieron después de las exclamaciones de bienvenida.

«Al parecer hubo un problema con los equipajes y han perdido mis maletas y las de la mitad de los pasajeros. Pero la gente de la compañía dijo que nos avisarían el lunes o el martes, cuando descubran dónde está todo. Probablemente estén en Túnez o en algún otro lugar por el estilo».

Mientras Kenny se daba una auténtica ducha por primera vez desde que abandonó su piso de Roma y se ponía su antigua ropa —que aún le quedaba bien y que había estado guardada en una habitación que, según ellos, era «su cuarto»—, su madre llamó por teléfono a todos los parientes y amigos de la familia para comunicarles que el hijo pródigo había regresado al hogar y que todos podían venir a verlo. Y así lo hicieron. Tan pronto como Kenny terminó de cenar su estofado de carne con su padre, el timbre empezó a sonar, y tíos y tías, primos hermanos y primos segundos, familia de sangre y política, toda clase de gente a la que no había visto en seis, siete años, con niños a los que veía por primera vez, inundaron la cocina y el salón del apartamento de cinco habitacio-